

PINOCHO

AÑO. V
NUM. 232

25 cts

28 JULIO
1929



- ¿POR QUÉ TE BAÑAS VESTIDO?
- ¡PORQUE ASÍ ME BAÑO Y ME LAVO LA ROPA AL MISMO TIEMPO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

dudé que aquél fuera Sidi, incluso porque la persona que delante de mí estaba era demasiado diferente de la que yo había imaginado.

Con bastante finura, y en inglés, el recién llegado me preguntó quién era, y cuando yo le hice saber mi cualidad de corresponsal en París del periódico *La Notizia*, prosiguió su interrogatorio en un italiano bastante fluido y correcto, preguntándome cómo me encontraba en aquellas condiciones y dando al mismo tiempo orden a sus servidores de que me desataran.

Por algunos instantes ni siquiera tuve fuerzas para moverme. Estiré mis miembros doloridos para desentumecerlos un poco, recogí la cartera y los papeles que yacían esparcidos por el suelo, y con ayuda de dos hombres me puse en pie.

Comencé entonces a narrar mis peripecias al desconocido salvador. También esta vez la arqueología hizo el gasto. Díjele que había venido a Egipto para estudiar las excavaciones que se pensaban emprender precisamente en aquel mismo lugar, y referí el brutal atentado de que por poco no había sido víctima, expresando mi asombro por el hecho rarísimo de que los asaltantes me habían registrado todos los bolsillos sin robarme ni un céntimo ni un papel; cosa que para mí—y textualmente así lo dije—no podía en absoluto ofrecer una explicación.

El urbano señor se atormentó la barbilla con la mano izquierda, y se limitó a decir:

—¡Qué cosa más extraña!

—Ahora—continué yo, impertérrito—necesito ver a Sidi-ben-Omar con el cual debo entender-

me para entablar negociaciones a propósito de la futura exploración. ¿Querría usted tener la exquisita amabilidad de dirigirme a él?

—Sidi-ben-Omar soy yo, caballero. Y me complazco en ponerme a sus órdenes para esos trabajos que me interesan bastante y que, efectuados en mis tierras, me producirán vivísimo orgullo. Pero debe usted de estar medio muerto de cansancio y de hambre, y necesitará varias horas de reposo y sueño. Permítame, mi querido señor, que le ofrezca hospitalidad en mi casa.

Dí las gracias con efusión y acepté con gratitud la amable oferta. A la verdad, estaba rendido. A duras penas lograba conservar abiertos los ojos, y el hambre me ocasionaba a ratos desfallecimientos tan largos y enervantes que temía desmayarme; pero no sentía ya la necesidad urgente y avasalladora del alimento por el cual hasta me parecía experimentar como una invencible repulsión; y ya la vista se me velaba y aun a veces se me oscurecía un punto, y a mis oídos no llegaban las palabras si no como una algarabía confusa acompañada del borbotar de la sangre que latía violenta y rápida en las sienes calenturientas.

A caballo, yo solo, no pude tenerme; fué menester que uno de los criados me ayudase a sostenerme derecho, cabalgando conmigo a lomos de la propia acémila; y cuando, transcurrida casi media hora, se llegó a la vivienda de Sidi, yo estaba enteramente en brazos del sirviente, no sintiéndome con fuerzas bastantes para soportar ni siquiera así la breve fatiga. Mi salvador me hizo en seguida llevar a una alcoba y acomodar en la cama. Ingerí a sorbos distanciados un cordial que me ofrecieron, y me desplomé en el lecho donde, casi de improviso, caí en un profundísimo sueño.

Cuando desperté, marcaba mi reloj las cinco

de la tarde. Había dormido siete horas seguidas. Sentíame con la cabeza despejada pero aun me pesaban los miembros de tal modo que creía imposible poderlos mover; y así estuve cerca de un cuarto de hora, acostado boca arriba, repasando en la memoria las extraordinarias vicisitudes de aquel viaje, reflexionando y hasta quizá fantaseando un poco.

Daba por descontado que mis antagonistas no conocían con exactitud la residencia de Larouchy, pero no creía ignorasen la región en que habitaba; ahora, en cambio, empecé a dudar hasta de eso. Inducíame a la duda la circunstancia de que mi incógnito enemigo hubiera mandado a un tal Fayollet, para que del asunto se encargase, las señas de Ralph halladas en mi cartera. ¿Habría sido esto necesario, a haber él sabido que la región por explorar era el Egipto, por ejemplo? Y por otra parte, ¿cómo podía aquella persona que por los dos compinches fué designada con el nombre de Armagnac hallarse tan segura de llegar allá (como decían ellos) antes que todos? Y ¿quién podría ser este nuevo personaje misterioso? ¡Armagnac! ¿Otro de los cómplices, uno de los ignorados, que debían haber tenido buena parte en la ejecución del delito? Yo perdía la cabeza. Ante aquella contradanza de puntos interrogativos, no atinaba yo poco ni mucho a aferrar uno de ellos para ver de encontrarle una respuesta. Y ¿quiénes eran, en suma, todos estos individuos prontos a recorrer el mundo de uno a otro extremo? ¿y cómo disponían de los inmensos recursos necesarios para atravesar el Mediterráneo en canoa-automóvil, como mi perseguidor, y para ofrecer por una simple dirección hasta cien mil liras?

Era cosa de pensar en un mutuo y desmesurado equívoco; pero la conversación que tuve con el misterioso viajero desvanecía toda duda en ese particular; a mayor abundamiento, los dos, en el diálogo que yo había logrado oír mientras ellos aun me creían desvanecido, habían nombrado a Garré, el cual no podía ser otro que la persona encargada de entregar la

carta a D'Alimand. El nombre de Garré érame notorio; había sido uno de los cómplices fugados y condenados en contumacia.

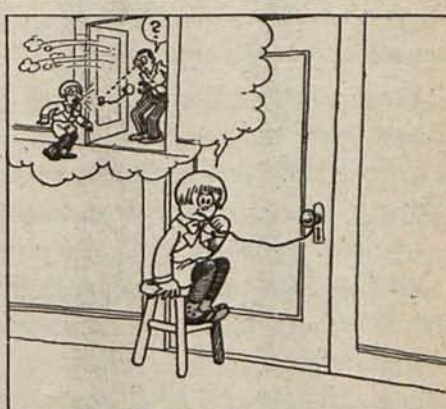
Sobreponiéndome a mi debilidad, me bajé de la cama y apunté en mi cuaderno los nombres de Fayollet y de Armagnac; luego agité la campanilla de bronce que ví encimada de un taburete, de fino trabajo de taracea, cargado de copas, de cajas de tabaco y pipas. Continuaba mi soliloquio, o mejor, mi interrogatorio interno, considerando que el dueño de la casa era robusto y saludable en demasía para estar tísico y en el fin de la vida, y para ser consiguientemente el arrepentido Larouchy, cuando penetró en la estancia un adolescente árabe para hacerme pasar primero a un baño perfumado y después a un lujoso comedor. En él estaba ya Sidi sentado a la mesa, servida con la más impecable elegancia europea.

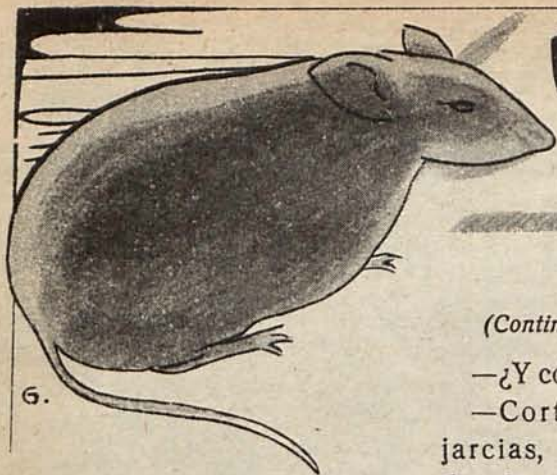
Durante la comida, se habló naturalmente de arqueología, de excavaciones, de historia, de antigüedades, y yo desplegué toda mi escasa cultura especial aprendida en las páginas de las revistas o en alguna publicación técnica del ramo que por acaso me había caído entre las manos. Pero a los postres, y aun más cuando hubieron traído los cigarros y el café, dirigí con maña la conversación hacia los crímenes célebres, la justicia y su administración, y los errores judiciales, y, casi incidentalmente, referí el proceso de Tolón, emitiendo al final mi juicio de que el reo, D'Alimand, era inocente. Pronuncié de ese modo los nombres de Foichant, Garré y Larouchy, insistiendo especialmente en este último; pero mi interlocutor no se turbó un ápice. Por sus facciones no pasó la más fugitiva sombra de remordimiento o de terror. Antes bien, escuchó con vivo interés mi relato, y formuló algunas preguntas sobre ciertos particulares con las más perfecta calma. Hube de convencerme de que de ningún modo podía ser Larouchy aquel hombre. Pero la absoluta convicción de haber caído en un error la tuve realmente cuando entré en su despacho al que

(Continuará en el número próximo)



COLORÍN y su PANDILLA





EL NÁUFRAGO DE "HANSA" POR E. J. JAGGER

(Continuación)

—¿Y cómo?

—Cortando las
jarcias, las cuer-
das, las escalas. Si
quieren llegar hasta

aquí tendrán que trepar por el palo y nos será más fácil rechazarlos. Ayudadme hijos y no perdamos tiempo.

Ya comenzaban a subir por las cuerdas las primeras ratas empujadas por otras que venían detrás. Las cuerdas y las escalas ya se iban plagando de largas sartas de aquellas fierecillas famélicas.

Los náufragos armados con sus largos cuchillos finlandeses que nunca abandonaban se pusieron a trabajar a toda prisa.

Las cuerdas, rápidamente cortadas caían una a una haciendo precipitarse sobre el puente una verdadera lluvia de roedores que pronto y sin misericordia eran devorados por sus compañeros.

El tan temido asalto pudo ser de este modo contenido durante algunos minutos: pero después las ratas, a quienes el hambre hacía más fieras, se abalanzaron contra el mástil y comenzaron a subir.

Los tres hijos del finlandés arrancaron algunos palos y puestos encima del penol de gavia comenzaron desde allí la lucha machacando a golpes a la primera falange. Pero las ratas a su vez no interrumpían el asalto y volvían a llenar los huecos vacíos. Tantas había que ponían a dura prueba la resistencia física de los tres muchachos.

El mástil chorreaba sangre y los asaltantes caían en racimos aplastados y machacados por los fuertes garrotes que diestramente manejaban los defensores. Durante dos horas siguió la lucha sin tregua; finalmente los roedores, viendo lo inútil del asalto se decidieron a dejarlos en paz.

—Ya era hora de que nos dejaran—dijo el mayor de los muchachos—. No podíamos ya más.

El asalto no se repitió: además las ratas no estaban

ya tan hambrientas porque habían devorado a gran número de sus compañeras muertas y heridas y los asediados pudieron de este modo reposar y tomar algún alimento.

También transcurrió todo aquel día sin que ningún barco apareciese en el horizonte. Por fortuna el mar estaba tranquilo y el barco náufrago aunque lleno de agua se mantenía a flote. Al caer la tarde, el padre observó una nube con los contornos muy negros, que se elevaba en dirección sur.

—Esa vendrá a estropearnos el tiempo—dijo el anciano sacudiendo la cabeza—¡Pobres hijitos míos, no se qué fin será el nuestro!

—¿Resistirá el mástil?—preguntaron.

—Ya veremos. Echad abajo todas las velas que puedan hacer fuerza contra el trinquete.

Los tres jóvenes obedecieron en seguida y comenzaron a cortar los sostenes de la gavia, y de los masteleros de juanete, después esperaron con grande ansiedad a que el huracán se desencadenase.

A las diez comenzó a levantarse un viento fortísimo que sacudió de pronto la calma que reinaba en el océano.

Se formaban grandes oleadas que sacudían violentamente la nave. Si aquello era un mal evidente, en cambio les libraba de gran cantidad de ratas que el agua formando grandes montañas barría de sobre cubierta anegando en el fondo del mar a centenares de ellas.

Los finlandeses velaron durante toda la noche por miedo a ser derribados por el temporal a cubierta y cuando amaneció vieron que el palo mayor se hallaba completamente cubierto de aquellos animalitos.

Los muy tunantes, del mismo modo que los hombres, habían buscado refugio contra el agua subiéndose en el palo, pero un gran número de ellos habían sido lanzados lejos y ahogados por el oleaje.

El huracán no había cesado, por el contrario amenazaba hacerse más violento. Tronaba con horren-



dos fragores y masas de vapores densos y negros recorrían veloces por el cielo como caballos desbocados.

El bergantín arrastrado por las ondas crugía sinientemente como si fuera a hacerse pedazos de un momento a otro, o bien se hundía pesadamente hasta que toda la cubierta desaparecía bajo aquellos embates del mar.

La situación de los pobres finlandeses era sumamente crítica y mucho peor lo fué cuando vieron que las ratas se dirigían por las cuerdas de los *estais* hasta alcanzar la cruceta del palo trinquete en que se hallaban.

Nadie pensó en cortar aquellas cuerdas pues no llegaron a imaginarse que aquellos malditos roedores les iban a atacar desde lo alto.

—¡A defenderse! ¡Las ratas! — gritó el padre estrechando entre sus brazos a la pobre nenita — ¡Ánimo, muchachos, que vienen hacia nosotros!

Las fierecillas que ya habían ejecutado en gran número aquella maniobra descendían a lo largo del mástil hacia ellos y enardecidas por el ejemplo, otras, trepaban afanosas por el palo mayor para invadir después el de trinquete.

Los tres muchachos volvieron a coger sus palos a pesar de que se encontraban en situación desventajosa, pues corrían el peligro con aquellas sacudidas incesantes de caer desde la cofa y estrellarse contra la cubierta.

Ya la lucha había comenzado cuando el viejo finlandés lanzó un grito:

—¡Un barco! ¡un barco!—En efecto, una vela había aparecido y traía la dirección del sitio en que estaban los naufragos.

—¡Ánimo muchachos!—gritó el padre—¡ya vienen en nuestro socorro!

Los mozos no cesaban de dar golpes. Peleaban denodadamente tratando de hacer retroceder a la famélica bandada que a grandes saltos procuraban llegar a las carnicitas de la niña que el anciano padre sostenía entre sus brazos.

El barco se aproximaba y se veía cada vez mayor: aunque el mar estaba tan borrascoso se acercaba al «Hansa» sufriendo grandes bandazos de las olas. Sus oficiales se debieron haber apercibido de que allí

había personas a quienes era preciso salvar y que el bergantín estaba a punto de hundirse.

En tanto los tres muchachos proseguían su furiosa lucha en contra de las ratas, las cuales, como si hubieran adivinado que sus víctimas se les iban a escapar, redoblaban sus esfuerzos.

De pronto oyeron un rugido terrible seguido de un grito desgarrador. Se volvieron para ver y casi ni tiempo les quedó para convencerse de que eran el pobre padre y su hermanita que desde lo alto de la cofa se habían caído y estrellado sobre la cubierta del buque.

¿Lo creeréis? Aquella hambrienta horda de roedores viendo que habían caído sus dos presas se abalanzó hacia ellas para devorarlas.

Locos de dolor y desesperación los tres muchachos se dejaron resbalar por el palo con la esperanza de hallar aun vivos a su padre y a su hermana. Pero al llegar junto a ellos, se les presentó a sus miradas un espectáculo horrendo. El viejo y la niña tendidos cerca del puente, estaban ya por completo cubiertos por una multitud tremenda de ratas que los devoraban con ferocidad. Ni los palos ni los pisotones bastaban para separarlos de allí.

Por fortuna el barco auxiliar ya estaba cerca y lanzó al agua una gran lancha tripulada por siete marineros y que a pesar del oleaje logró llegar hasta el bergantín.

Pero ¡ay! llegaban ya demasiado tarde. Cuando los roedores fueron aplastados y vencidos ya no quedaban del pobre viejo y de su niña más que los esqueletos. Los marineros tuvieron que emplear la fuerza para separar a aquellos tres pobres muchachos de los míseros restos de su padre y apenas si tuvieron tiempo pues el «Hansa» comenzaba ya a deshacerse y desarmarse a causa del incesante embate de las olas.

El buque que los había salvado era una fragata de guerra española que viajaba en dirección a las islas Azores.

Los tres jóvenes fueron cordialmente tratados por el comandante y se les llevó a su destino. Los dos esqueletos, empero, se hundieron con la vieja nave y con la banda feroz de los roedores.

FIN



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HACE UN CALOR DESPIPORRANTE, CURRINCHE. YO ME DERRITO, ME LIQUIDO, ME VOLATILIZO.

HAGA LO QUE YO. MÉTASE EN UN CUBO DE AGUA FRESCA Y ES IGUAL QUE SI VERANEASE EN EL POLO NORTE



FÍJATE CÓMO HA SUBIDO EL TERMÓMETRO. AYER ESTABA EN EL FOGÓN Y HOY YA ESTÁ EN LA CHIMENEA

¡CATASTRÓFICO



YANOSÉ CÓMO PONERME, CURRINCHE. EL CALOR ME ESTÁ DEJANDO EN LOS HUESOS. ANOCHÉ EN LA CAMA ME CONTE MÁS DE CIENTO CUARENTA COSTILLAS



¡CLARO! ASÍ CUANDO DA USTED VUELTAS EN LA CAMA SE ARMA UN RUIDO DE PALITROQUES QUE NO HAY QUIEN DUERMA A SU LADO

SI HUBIESE NACIDO ACEITUNA RE-LLENA, COMO TÚ, NO TENDRÍA HUESOS

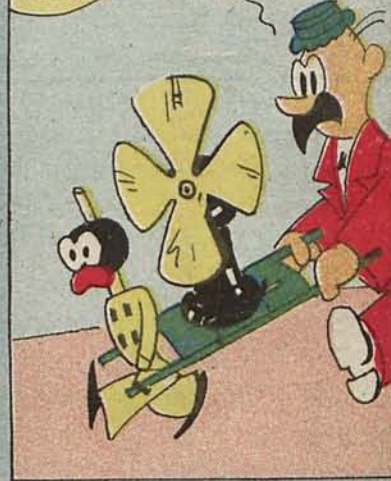


¡EA! ¡ESTO SE ACABÓ! AHORA MISMO NOS VAMOS A LOS ALMACENES DE DON ALEJO MIASMAS A COMPRAR UN VENTILADOR

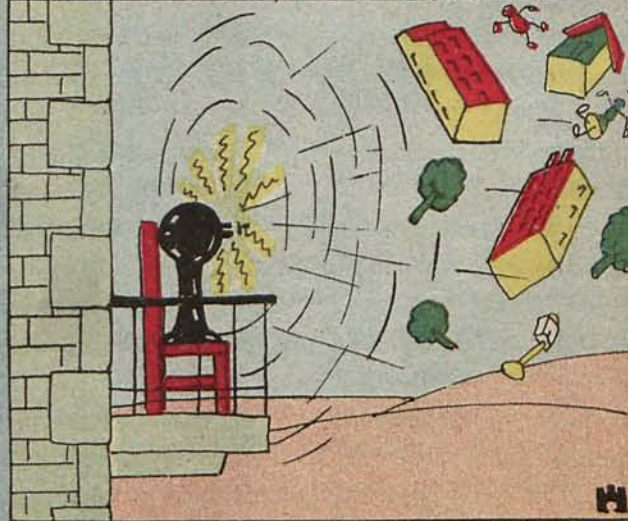
ELE, ELE



VAMOS A SER LOS REYES DEL AIRE



YO CREO QUE DEBEMOS PONER EL VENTILADOR EN EL BALCÓN. FÍJATE, CURRINCHE, NO CORRE POR LA CALLE NI UN PELLO DE AIRE



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL PRINCIPE CALAMAR

Castillo

UNA vez había un Príncipe, llamado Calamar por su destreza en la natación. Cortaba el agua como un pez espada, y se sostenía como una trucha. El mar parecía su elemento, pues aun en los más terribles temporales y en las más fuertes borrascas el Príncipe Calamar cruzaba las revueltas olas tranquilo y sereno.

Cierto día, y en medio de una furiosa tempestad, vió una hermosa merluza perseguida de cerca por un pez-sierra que trataba de matarla. La perseguida corría como el viento; pero el perseguidor era fuerte y le iba a los alcances. De pronto se sumergió la merluza, y detrás el pez-sierra. Preocupado el Príncipe Calamar por la suerte de la infeliz merluza, también se dejó ir al fondo del mar.

No bien hubo tocado con el pie un inmenso banco de corales, cuando advirtió que la que había tomado por merluza era una encantadora joven, y el pez-sierra, un horrible monstruo que la perseguía.

Quedó admirado el Príncipe, y decidió volverse a la superficie para respirar, cuando observó que la joven se llegó a él, y poniéndole la mano en la boca, le hizo tomar un aliento tan extraordinario, que de pronto se encontró sin necesidad de aire.

—¡Defiéndeme!—exclamó la joven con angustia—¡Ese tío quiere matarme!

Parece que debajo del agua se tutea todo el mundo y que se llama tíos a los que quieren matar a otro.

El Príncipe Calamar, que era un joven muy galante y compasivo, se colocó frente al monstruo, resguardando con su cuerpo a la joven.

—¡Este nos traga a los dos—dijo a la joven—, porque tengo la desgracia de nadar sin espada ni daga, y este bicharraco tiene unos dientes regulares!

—¡Pues por armas no lo dejes, porque tengo aquí un puñalito que da la hora!—exclamó la joven—Este puñal le fabrica-

ron un viernes a las doce, y le templaron un sábado a las nueve: ¡figúrate si será fuerte! Al forjarle escupió tres veces el armero, y mayó dos veces un gato romano. Eso le da un poder tan extraordinario, que si consigues meter al monstruo la hoja en los sesos, no te quepa duda, le matas.

—¡Partiéndole los sesos, desde luego: aunque sea con un cuchillo de postre!—dijo el Príncipe Calamar—. Pero ¿no tienes otras armas?

—Como no quieras un tintero que llevo, en calidad de secretaria del Rey de los peces...

—Pues mira: dámelo, y se lo tiraré a la cabeza.

A todo esto, el terrible monstruo no hacía más que dar vueltas alrededor de los dos jóvenes, enseñándoles los dientes, no sabemos si para que vieran que los tenía limpios, o para que se asustaran. Aquel monstruo era un monstruo en todo, hasta en prudencia, y no creía que era decoroso exponer el pellejo cuando buena-mente podía zamparse a los dos jóvenes aprovechando un descuidillo.

—¿Por qué no pides socorro?—dijo el Príncipe Calamar a la joven—. ¿No vendrían en nuestro auxilio?

—Están tan lejos mis parientes, que, aun suponiendo que me oyeran, tardarían en llegar cinco o seis horas.

—Pues así no podemos estar, porque al fin nos cansaremos y el monstruo nos tragará con vestidos y todo.

—¿Y qué hacemos?

—¡Ahora verás! Prepárate agarrándote a mi brazo, y luego me guiarás hasta donde está tu familia.

En aquel momento se acercó Calamar al monstruo, y le tiró el tintero a la cabeza, derramóse la tinta, y enturbióse de tal suerte el agua, que el monstruo quedó como ciego, sin saber dónde estaban sus perseguidores. Éstos desfilaron bonitamente por debajo del tío, como le llamaba la joven, y se marcharon más que aprisa, no con viento fresco sino con agua fresca.





Apenas llegaron al palacio del Rey del mar, salieron al encuentro de los fugitivos cuatro guardias montados en soberbios caballos marinos. Al contarles la secretaria lo que les pasaba, uno de los guardias dijo rascándose una oreja con el sable:

—¡Malo, malo! ¡Ese monstruo no es otro que el mago Simarrón, que es un brujo de siete suelas.

Pasaron los jóvenes a la presencia del Monarca, el cual los recibió con mucho agrado, y en especial a su secretaria, pues había recibido varias cartas y no había podido leerlas, entre otras cosas, porque no sabía. El pobre Rey estaba tan aburrido, que no sabía si romper las cartas o ponerse a hacer calceta.

La secretaria cumplió en el acto su cometido, enterando a S. M. del contenido de su correspondencia.

—Ya habéis visto por estas cartas dijo el Rey—que me veo obligado a declarar la guerra al Rey de los langostinos, porque uno de ellos se ha atrevido a pescar una merluza.

—Si por eso fuera, señor—exclamó Calamar—, había que pasar a cuchillo a mi país. ¡Se pesca allí cada merluza!

—Además—añadió el Rey—, el mago Simarrón es amigo suyo, y necesito vengarme del agravio que me ha hecho queriendo perniquebrar a mi secretaria. ¿Quieres tú ser de los nuestros?

—Sí—exclamó Calamar.

—Pues toma este traje, y pónelo siempre que quieras salir de Palacio. En él encontrarás tus armas.

Dieron a Calamar un traje caprichoso, y a poco sonó la corneta tocando llamada a tropa. Formóse el ejército al pie de un barco sumergido, y a la cabeza se puso el Príncipe Calamar con su nuevo traje. Era éste muy raro: alrededor de la cabeza le brotaban una porción de patas, y en

el centro tenía un enorme tintero, en el cual se soplaban con un canuto de caña.

Púsose en movimiento el ejército, y marchó inmediatamente al reino de los langostinos, encontrando allí a las tropas enemigas mandadas por un enorme cangrejo, que era el mago Simarrón.

Trabóse el combate, y Calamar se agarró con las patas al pes-

cuezo del cangrejo, dándole dos soberbias embestidas. El mago quiso morderle; pero Calamar le sopló tinta en los ojos, y le dejó en condiciones de que le curara el oculista; pero como no había ninguno a mano, tuvo que seguir luchando y tragando tinta a ciegas, hasta que se le puso el estómago como una chimenea llena de hollín. La tinta era mala, y Simarrón se envenenó, marchándose en seguida con las manos en el vientre y dando cada berrido que asustaba.

Vencido Simarrón, el pánico se apoderó de los langostinos, que huyeron, dejando una porción de prisioneros.

Cuando volvió Calamar al Palacio el Rey le nombró generalísimo de sus ejércitos, le casó con la secretaria Zulima, y de su descendencia vienen esos calamares tan ricos cocidos en su propia tinta.

Un tintero que oyó contar la historia se pavoneó de orgullo, hasta el punto de vertérsele el contenido.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaron las gotas al caer—¿De modo que nuestra hermana la

tinta del Calamar es el arma que defiende a ese animalito? ¡Y luego dirán que no servimos para nada!

—¡Vaya—dije yo asomándome al tintero—: no os déis tono, porque lo que es vosotras no vais sirviendo para nada, ni siquiera para escribir, porque sois muy claras!

—Tuya es la culpa por echarnos agua. Echarnos tinta y verás qué bien servimos.

La historia y el consejo me parecieron muy bien, y aquí los pongo a los efectos consiguientes.

Y ahora, una pregunta:

Los calamares, ¿son los escritores, los escribientes, o los escribanos del mar? No lo sé; pero, de todas suertes, para el que tiene que escribir, es una gran cosa nacer con el tintero colgado al cuello.

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días. mi querido Chonón.

—Salud, amigo buho. Vas a hacerme la misma pregunta de siempre ¿verdad?

—La misma. ¿De qué quieres que hablemos hoy?

—Hoy quiero que me digas si todos los venenos matan.

—Naturalmente. Es extraño que me preguntes eso. Si los venenos no matasen, no serían venenos.

—Yo sé lo que me digo.

—Tú lo sabrás pero yo no te comprendo bien. Explicáte mejor.

—Yo he oído decir muchas veces que el tabaco es un veneno, el alcohol otro veneno, el ácido carbónico, otro. Y sin embargo veo fumar a mucha gente y no se envenenan, veo a otros tomar bebidas que tienen alcohol y tampoco se envenenan, y aspiramos todos el ácido carbónico que despiden las plantas y no nos morimos por eso. ¿Me comprendes ahora?

—Sí, hombre, sí; te comprendo perfectamente. Los venenos, son venenos siempre, y sus efectos dependen de las dosis en que se tomen. Una pequeña cantidad de nicotina, de alcohol, o de ácido carbónico, no mata, ni quizás produzca molestia ni perturbación apreciable alguna, pero si la dosis es suficientemente grande mata a quien la tome.

—¿Qué es la nicotina?

—Una de las sustancias que contiene el tabaco y que es extremadamente venenosa. Dos centigramos de nicotina bastan para envenenar a una persona.

—¿Y matarla?

—Sin remedio.

—Entonces ¿por qué los fumadores no se envenenan?

—Porque la cantidad de nicotina que se aspira fumando es infinitamente pequeña y no llega a dejar sentir sus perniciosos efectos. Sin embargo si se fuma mucho, mucho, puede darse el caso de que el veneno de aquella sustancia aparezca por algún sitio en forma algo desagradable y perjudicial para el fumador.

—¿Y tú no crees que la nicotina se quema con el fuego del cigarrillo?

—No cabe duda que cuando el tabaco se quema se producen transformaciones químicas que atenúan el efecto venenoso de las sustancias nocivas que contiene, pero no es menos cierto que está comprobadísimo que el humo del tabaco contiene nicotina.

—Entonces ¿tú crees que no se debe fumar?

—No creo tal cosa; fumando sin exceso no creo que se acarreé ningún perjuicio y, en cambio, se da satisfacción a un capricho que en muchos, a fuerza de practicarlo, se convierte en una necesidad.

—¿Has fumado tú alguna vez?

—Yo nunca. Los buhos no fumamos, y aunque alguno tuviera este vicio yo me pasaría muy bien sin él. Lo mejor es no empezar y así se evita uno el peligro de verse dominado por un capricho que al fin y al cabo no es más que un vicio.

—Pero un vicio que, según tú mismo acabas de decirme, se convierte en una necesidad. Esto de que llegue a hacerse necesario es lo que yo no comprendo. Considero necesarios el alimento, el agua, el descanso, el abrigo, el aseo, y otra porción de cosas exigidas por nuestro organismo como elementos indispensables de vida, pero el tabaco, no acierto a imaginar cómo puede llegar a ser necesario.

—La necesidad que el tabaco crea proviene del mismo uso del tabaco. Hay muchos venenos como la nicotina, el opio y la morfina que al hacerlos llegar

al organismo se descomponen y producen efectos absolutamente contrarios al primer efecto del mismo veneno. Es como si al ingerir un alimento produjese dolor o molestias y ese mismo alimento, ingerido en mayor cantidad, te hiciese desaparecer aquellas molestias.

—Es decir, que se convierte en contraveneno de sí mismo.

—En contraveneno precisamente, no; pero puedes asegurar que causa efectos contrarios. Los fumadores empedernidos sufren con frecuencia excitaciones nerviosas y estados de inquietud que les crea la presencia de la nicotina en el organismo, y no hallan calmante mejor para estos estados anormales que el propio tabaco. Cuando un fumador se halla desasosegado recobra la tranquilidad y el contento fumando.

—Entonces vienes a decirme que el fumar es bueno.

—No digo semejante cosa, Chonón. Quien quita la ocasión quita el peligro y es mejor, cien veces mejor, no dar lugar a que por fumar mucho se llegue a ese estado de excitación nerviosa que es preciso calmar. Todos los abusos son malos pero ya sabes que el abuso no impide el uso y que fumando con prudencia no se acarrean perjuicios al organismo. Sucede lo mismo con el alcohol. No porque otros se emborrachen vamos nosotros a dejar de beber vino.

—También el alcohol es veneno ¿verdad?

—Y de los más terribles. Un hombre alcoholizado es un ser indigno de figurar en la especie humana. La naturaleza ya se encarga de señalarlo con caracteres bien visibles para que se distinga de los demás. Un hombre dominado por el vicio del alcohol es un inconsciente, sus gestos son los de un pobre idiota, su memoria es nula, sus ademanes perezosos, sus ojos aparecen inyectados en sangre, y bien pronto la vejez prematura, cuando no enfermedades terribles, le hacen sucumbir.

—Me estás haciendo coger miedo al vino, querido buho.

—Ya te he dicho que el abuso no impide el uso. Bebiendo sólo y prudentemente en las comidas, no es perjudicial sino antes al contrario. Aseguran muchos que es un buen estimulante para el apetito y un buen auxiliar de la digestión. Sin embargo, yo no bebo vino ni en las comidas y hago las digestiones perfectamente.

—Pero tú bebes licores. Yo te he visto beberlos.

—Hombre, alguna vez que otra me gusta paladear una copita de licor, si este es bueno y agradable. Lo tomo como una golosina.

—¿Quieres que te convida a una copita de buen anís?

—Con mucho gusto, amigo Chonón. Ya sabes que soy algo golosillo. No tanto como tú, pero me gustan las golosinas.

—Coge pues el sombrero y el bastón y vámonos a tomar esa copita. Yo te convido y tu pagas.

—No, hombre, eso si que no lo consiento. El que convida hoy es un servidor, pero el que paga eres tú. No faltaba más.

—Es que hoy ando muy mal de fondos, querido buho.

—Peor ando yo que no tengo un cuarto.

—Entonces vámonos a hacer una visitita a Currinche y ya sacaremos algo. Acuérdate de la última vez que estuvimos en su casa.

—¡Quién podrá olvidarla! ¡Qué mazapán toledano y qué vino de Jerez más rico nos sacó.

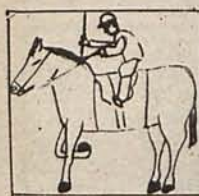
—Vamos a casa de Currinche sin pensarlo más. ¡Qué bueno, qué guapo y qué simpático es Currinche!



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



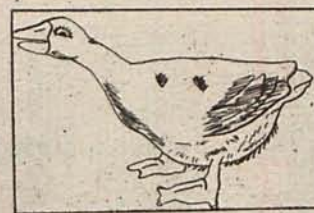
En las carreras
Manolito Esteve



Un pirata
F. Bordas, 10 años



Pelican
Miguel Canal



El guardia de mi casa
D. Ortega



Mi hermanito
José A. Corrales



Hoja de parra
Angel Laborda, 9 años



La iglesia de mi pueblo
Antonio Rogel



La pequeña pescadora
José Arnau



Kukita y Kukín
- Lolita Fernández, 13 años



Mi señora gatta
Arturo Galán



Un barco
Jesús Bargaño, 12 años



Casa de Pirula
Antonita Martín, 5 años



Un gallo corriendo
Adolfo Carmona



Mi auto
Cristóbal Arnau



Pinocho
Maruja Rodríguez



Casa de campo
Luisa Carmona



Mi muñeca
Vicenta Pastor,
7 años



¡Viva Pinochol
Román Jugo



Legionario
Encarnita Lerón



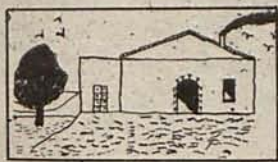
Pinocho
R. Jaraquemada,
10 años



Castillo
José Gómez García



Día de lluvia
J. Rais



Casa de labranza
Agustín Molina



La casa de mis abuelitos
María Elena Hernúa



Mi hermana Pina
Inés Jaraquemada,
13 años



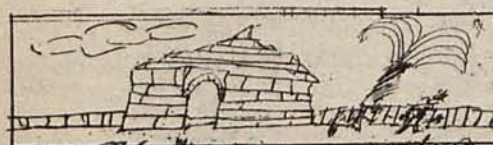
Un gitano
R. Rodríguez



Oso polar
Agustina Pardo



Un niño
R. Losada



Mi granja y mi amiguito Robledo
Luis Labiano



Mi gata
M.ª Antonia Arregui,
10 años



Mi perro
por Enrique Monereo,
10 años



D. Quijote y su perro
Alfonso Soto

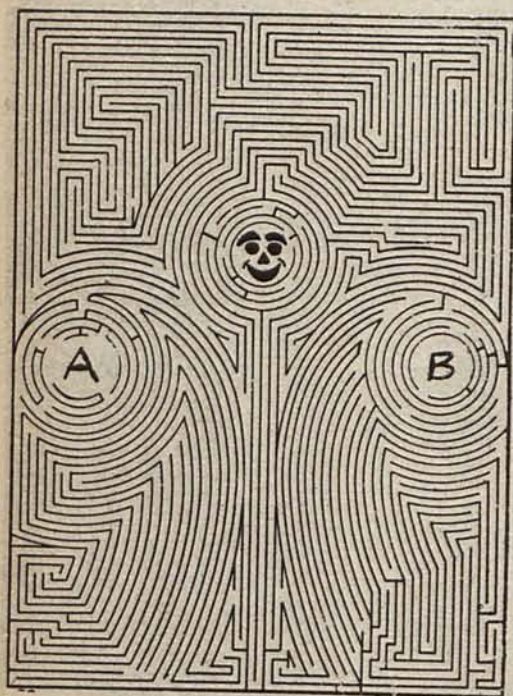


Un auto
Juan Bofill

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL CAMINO MALDITO

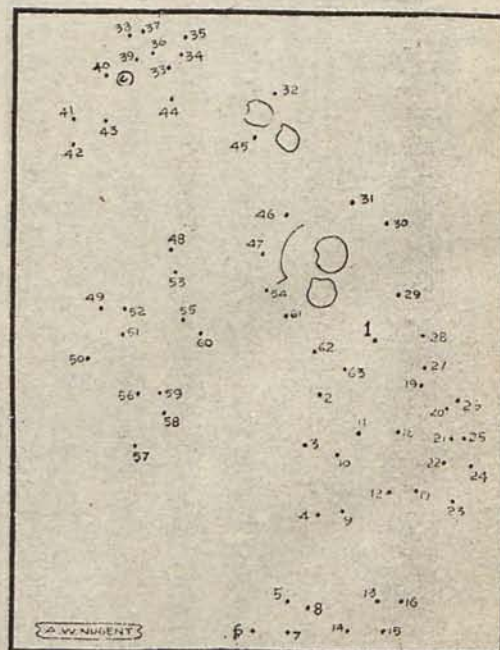


Averiguar
qué camino
hay que se-
guir de A a
B pasando
por la cara.

Trazar líneas
de número a nú-
mero siguiendo
el orden en que
están colocados
y si no sois muy
torpes lograréis
dibujar un cono-
cido animal.

¿Cuál es este?

EL ENIGMA



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASA- TIEMPOS DEL MES DE ENERO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Pepe Suárez
- Segundo premio.—Manuel Terroba.
- Tercer premio.—Teodoro Alvarez.
- Cuarto premio.—Jacobo Gómez.
- Quinto premio.—Luis Moreno.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Teodoro Mateos, Julia Riquelme, Anselmo García, Genaro C. de Sosma, Bertita Tarancón, Luisa Murias, Juan Leiva, Rafael Martín-Cárdenas, Valentín Rodríguez, Paco Casla, Teresa Sos, Marta Colindres, Olivia Monjardín, Blas del Valle, Estéfano Vallana, Pepe Cisneros, Pepe Revuelta, Pepito Toledano, Concha Toledano, José Ros, Patrocinio Jiménez-Mendizábal, Ricardo García y Arturito de la Adrada.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

PREMIOS A LA COLABORACIÓN PI- NOCHISTA DEL MES DE ENERO

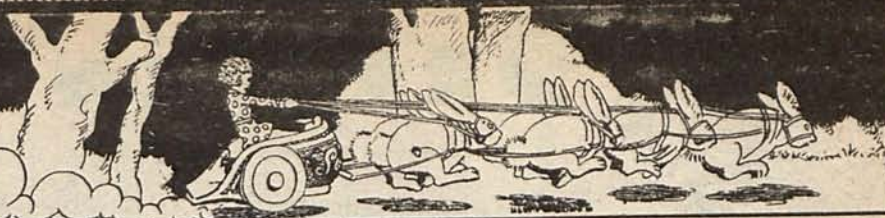
PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Juanito de la Serna.
- Segundo premio.—Emilio Arija.
- Tercer premio.—E. Orellana.
- Cuarto premio.—Luis Valesa.
- Quinto premio.—F. Tejedor.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Pilar Santurtum, Román Jugo, A. Morales, Amador Cambra, Nicolas Moya; María Enulita, E. Pichot, Amalia Villacampa, J. Rucosa, J. A., Juanito de la Serna, Rafael Raya, Mercedes Rey, Javier Fernández, Pilar Arrózpide, Cruz Pastrana, J. Bofill y J. Mario M.

ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula

Charles de Pirula... charletana

MARIQUITA y las MARIQUITAS



A Pepita no le gusta el campo; en cambio a Mariquita, la entusiasma el campo. ¿Sabéis por qué no le gusta a Pepita, el campo? Por sus insectos. Y

¿sabéis por qué le entusiasma el campo a Mariquita? Pues... por sus insectos.

Nada la divierte tanto a Mariquita, cuando está cansada de corretear como sentarse en la hierba y contemplar las hormigas, los saltamontes y en general todos los insectos que pasan al alcance de su vista. Pero, como es natural, siente una predilección señaladísima por... sus tocayas.

Precisamente, hace pocos días, en un descanso de un animado partido de escondite, ha encontrado una y se ha entusiasmado con ella; ha empezado por ofrecerle la palma de su mano para que se diera unos cuantos paseos; luego, le ha preparado una vivienda magnífica; es una caja de cartón, en la cual ha instalado a la mariquita entre hojas de lechuga, ni más ni menos que si se tratase de un gusano de seda; aunque si se tratase de un gusano, las hojas no serían de lechuga, sino de morera, claro está.

Luego, Mariquita encantada con su «idem», ha ido corriendola enseñársela a Pepita.

Pepita es su hermana mayor, la misma a quien no le gustan los insectos del campo; no le gustan porque dice que la molestan, haciéndola cosquillas en los brazos y en el cuello, enredándosele en el pelo, y hasta teme que se le metan alguno por una oreja y se le entre «hasta dentro de la cabeza».

Pero una mariquita guardada en una caja entre hojas de lechuga le agrada a Pepita como le agrada a cualquier Pirulinda.

Pepita es toda una señorita de trece años, muy formal, muy estudiosa y muy sabia; también Mariquita es estudiosa y es formalita, pero tocante a sabiduría deja aun mucho que desear; cierto que

se lee ella solita todos los pinochos, y todo el Pinocho, pero los palotes aun le salen algo torcidos.

Mariquita tiene una gran admiración por la sabiduría de su hermana que estudia Geografía, Gramática, Matemáticas, y otras muchas cosas de esas de personas mayores.

Y no solamente las estudia, sino que luego se las cuenta a ella, a la «peque» de la casa, explicándoselas de tal modo que las comprende muy bien.



GALLINDO

¿Verdad que es bonita? «dice Mariquita a su hermana al enseñarle su insecto-tocayo» Y añade: Claro que es lo mismo de bonita que todas las demás, puesto que todas son iguales.

«No—dice Pepita, muy seria—todas las mariquitas nos parecen iguales, como nos lo parecen, por ejemplo los chinos; sin embargo ¿no creerás tú que todos los chinos se confunden entre sí? ya ves, solamente en Europa hay más de sesenta especies diferentes de insectos de estos que se distinguen por el tamaño o por el número de puntos negros que tienen.

(Como podéis ver, hay sobrados motivos para que Mariquita admire la ciencia de su hermana).

Como si todo esto fuera poco, Pepita prosigue:

—Además de linda, la mariquita es beneficiosa ¿sabes?

—¡Ya lo creo!—exclama Mariquita con entusiasmo—¡como que no hace ningún daño, la pobre!

—No basta con no hacer daño para ser útil—protesta Pepita—; es que además nos hace mucho bien; se pasea por las hojas sin roerlas, como hacen otros insectos y se traga las pulguitas microscópicas que chupan la savia de las plantas y les quitan así la salud y a veces la vida.

Ya véis la de cosas que ha aprendido Pepita en su Historia Natural. Pues bien, con todo y con eso, Pirula sabe aun más que ella; como que Pepita ignora que además de linda y beneficiosa, la mariquita es lista y sabe defenderse de los pájaros y aves que intentan comérsela; cuando se siente cogida por el pico de un pájaro, rezuma por sus patas cierto líquido maloliente y ¡claro! al pájaro le da asco y suelta su presa.

Ahora Mariquita contempla a su tocaya con mucha más simpatía todavía que antes; y murmura:

—Parece un dije. Dan ganas de colgársela al cuello de una cadenita.

Que ocurrencias tiene mi Pirulinda ¿verdad? Pues no creáis que es una idea

tan absurda; no sería la primera vez que alguien se adornase con un insecto vivo. He aquí otra cosa que ignora Pepita (por muy sabia que sea una Pirulinda y aún una persona mayor, siempre hay cosas que ignora).

Y es que a últimos del siglo XVII, en Francia, se extendió entre la gente de la corte, la moda de coger pulgas; elegidas entre las más gordas, colgarlas del extremo de una fina cadenita y clavarlas con un alfiler el otro extremo de la cadena sobre el corpiño o sobre la solapa de la levita, ya que estas «joyas» las gastaban lo mismo las damas que los caballeros.

Tiene gracia ¿No? Bien dice un refrán de aquí que «cada cual tiene su manera de matar pulgas».

Si no con insectos vivos, en todo caso con insectos muertos sí que fué siempre bastante corriente adornarse. Ya sabéis las alhajas preciosas que hacían los antiguos egipcios con los escarabajos; y en varias partes de América los indios utilizan para hacer joyas el cuerpo de cierto insecto que parece de oro verdoso y que es tan duro como si fuera de metal.

También existe allí cierto insecto que tiene las ancas tan duras y rojas, que se engarzan formando collares que parecen de coral.

Tantas veces ha repetido Mariquita mirando a su mariquita: «Parece un dije» que Pepita que la mima mucho se ha apresurado a comprarle un dije que parece una mariquita; mejor dicho, que es una mariquita de oro esmaltado en rojo y negro. Mariquita está loca con su dije; no se separa de él y se lo enseña a todo el mundo diciendo: «Es mi retrato» y la mariquita de la caja? ¡Uuuuh! ¡sabe Dios a dónde habrá volado a estas horas!

